

# El Acueducto de los Pilares de Oviedo

por M.<sup>o</sup> Isabel Pastor Criado

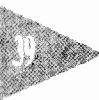
**E**n toda comunidad humana el abastecimiento de agua ha sido una de las preocupaciones seculares y Oviedo no constituye una excepción, si bien es cierto que en sus comienzos como gran capital de la monarquía asturiana, en tiempos de Alfonso II, el acueducto que conducía a la ciudad las aguas de la Granda de Anillo, importantísima obra en su época dirigida por el mítico arquitecto Tioda,<sup>1</sup> estaba pensado casi exclusivamente para el suministro de las instalaciones palaciegas y no para la colectividad ciudadana que se surtía de precarias fuentes que ofrecían un agua cargada de impurezas.

La fuente de la Granda de Anillo fue de hecho y durante siglos la principal vía de agua que llegaba a Oviedo, pero acusando un deterioro progresivo paralelo a la pérdida de la hegemonía socio-política que unido al crecimiento del caserío hacía cada vez más insuficiente la cantidad y calidad del líquido elemento.

El siglo XVI fue el marco temporal de grandes obras de saneamiento y fontanería en numerosas ciudades y villas del país. Por los mismos años que Oviedo planteaba y materializaba una nueva traída de aguas, hacían lo propio León, La Coruña, Santiago, Huesca, Medina de Rioseco y Valladolid, por citar algunas, dando prueba del nuevo talante que se respiraba en el gobierno de las ciudades, del afán de mejorar la higiene y salubridad y proporcionar mayores comodidades a los ciudadanos, perdiendo paulatinamente la condición de pueblos que arrastraba la mayoría.

La constante necesidad de agua en la ciudad ovetense trajo aparejada la búsqueda y captación de nuevos manantiales y en la primera mitad del s. XVI, en 1537, tras el incendio de 1521 con las obligadas obras de reconstrucción y urbanización, las miras se dirigieron hacia las fuentes de Ules y Bo en el área acuífera del monte Naranco. Para nivelar y dictaminar sobre el proyecto llamaron a Rodrigo de Carrandi, «buen maestro de sacar agua»<sup>2</sup> al decir de los regidores, el juicio emitido fue favorable considerando el beneficio que reportaba y que resultaba barato traer el agua hasta el Campo de S. Francisco, aconsejando por tanto que se pusiera en práctica cuanto antes. El Ayuntamiento deseoso de remediar el problema aceptó la recomendación nombrando sobrestantes y buscando obreros, amén de fontanero; desconocemos quien fue el elegido si es que no llevó a cabo la obra el mencionado Rodrigo de Carrandi.

El acueducto de los Pilares, construido a finales del s. XVI para transportar a Oviedo el agua de los manantiales del Naranco, obra a medio camino entre la arquitectura y la ingeniería hidráulica, se empezó a gestar mucho antes de que sus 40 arcos proporcionaran una fisonomía propia a la



ciudad, incluso antes de que nadie pensara en una obra de tales proporciones y grandiosidad, ya que fue producto de las rectificaciones y adaptación a las necesidades y circunstancias que surgieron en el transcurso de los trabajos y no un proyecto largamente meditado de antemano como cabría pensar a la vista de los resultados.

### 1. La primitiva fábrica de Fitoria

La recogida de las aguas de Fitoria, que originará la construcción del acueducto, comenzó su andadura en la década de 1560. En un primer momento, en 1566, para ver las posibilidades de la fuente y dar las oportunas trazas se requirió la presencia de Carrandi;<sup>3</sup> suponemos que se trataba ya de Juan, hijo o sobrino del anterior maestro y que participó durante bastantes años en las obras de Fitoria.

Este no fue el único maestro en dar trazas y opiniones sobre este viaje de agua, a comienzos de diciembre de 1568 dan su parecer Rodrigo de la Tigera y Gonzalo de Sobremazas, maestros de cantería, el primero trabajando frecuentemente en tierras leonesas<sup>4</sup> y el segundo en Valladolid y Palencia,<sup>5</sup> (y posiblemente también lo hiciera Juan de Cerecedo, relacionado ya anteriormente con el Ayuntamiento). Pocos días después y con el parecer de los maestros en la mano, los ediles decidieron que el letrado de la ciudad adjuntara también su informe a fin de poder solicitar del Rey la licencia de sisa para así poder iniciar la obra;<sup>6</sup> la sisa fue el sistema de impuestos sobre el vino y la sidra con el que se financió esta obra edilicia y del que fueron arrendatarios en diferentes momentos Juan de Cerecedo y Pedro de la Bárzana.

La Real Provisión con licencia para echar sisa fue expedida en Madrid el 2 de septiembre de 1570 y recibida en Oviedo en octubre del mismo año,<sup>7</sup> pero ni siquiera entonces dieron comienzo los trabajos.

El proyecto conjunto de estos dos maestros, que llevaba la fuente por tierra hasta Oviedo, sin construcciones aéreas, tampoco debió de convencer a los regidores y a finales de 1570 acordaron que se enviara a buscar un fontanero a Castilla, fijándose edictos en Valladolid, León u otras partes, y que el enviado, Juan de Argüelles, recomendará a la ciudad al maestro más indicado y perito en el oficio. Ya presentían los regidores la envergadura de la obra en la que se iban a embarcar y la necesidad de que la dirigiera un buen maestro, la economía cambió el rumbo después. Un mes más tarde, en los últimos días de diciembre, ya estaba presente en Oviedo Gonzalo de la Bárzana, fontanero de la ciudad de León, dando la traza, orden y memoria de condiciones que la ciudad le había pedido, además de la nivelación de la trayectoria, y a la vez haciendo postura para tomar la obra en calidad de constructor.<sup>8</sup>

Por lo que se deduce su postura no fue aceptada, sus trazas, o al menos «su orden» no está tan claro porque en su memorial de condiciones ya aludía a la necesidad de construir algunos arcos entre S. Pedro y Llamaquique, sin precisar el número, y en el verano de 1571 cuando Carrandi se hizo cargo de la obra a requerimiento de la municipalidad, manifiesta así mismo la necesidad de hacer seis o siete arcos. Juan Ruiz de Carrandi ejercía el cargo de sobrestante mientras que el de maestro de obra lo ostentaba Juan de Cerecedo,<sup>9</sup> quien dio la traza para estos arcos, convertidos ya en diez (fig. 1).

Esta primera traza dada por el maestro Cerecedo quedó sin efecto casi de inmediato, anulada por otra proporcionada por él mismo un par de meses después, a finales de 1571. Se reducía el nuevo proyecto a tres arcos, o mejor dicho a dos arcos y una sangradera o aliviadero (fig. 2), mucho más





Fig. 1 Proyecto para el acueducto presentado por el maestro Cerecedo (Archivo Ayuntamiento de Oviedo).

económico y con el que el propio maestro aseguraba que el edificio quedaría «bien hecho y perpetuo». <sup>10</sup> El error fue de bulto a la larga, pero de momento los regidores se mostraron conformes con el ahorro propuesto y la seguridad que se les garantizaba, de manera que estudiaron el proyecto y lo pusieron a subasta, en primera instancia para principios de marzo de 1572, en esta ocasión fue suspendida presentando postura, que sepamos, solamente el cantero Pedro Tío. El remate se llevó a cabo por fin en julio de ese mismo año en tercera convocatoria, recayendo en la persona de Juan de Cerecedo en la cantidad de 1.900 ducados. <sup>11</sup>

En este punto se puede considerar el arranque de los trabajos reales de la traída de aguas de Fitoria, del embrión del acueducto de los Pilares, para entonces ya habían transcurrido seis años desde que se iniciaran los contactos con fontaneros y canteros de cara a la obra. Hasta ese momento y desde 1571, Carrandi con sus cuadrillas había estado trabajando en labores de encañado por zanjas, haciendo una canalización, con visos de provisionalidad, hasta la ciudad. Juan Ruiz de Carrandi estuvo relacionado con la obra hasta 1576 a pesar de que su valía profesional se pone en entredicho con la puntual observación hecha por los municipales, por el año 1572, de que no entendía de números, recomendando la consulta con un fontanero experto, <sup>12</sup> recomendación varias veces repetida además. Su lugar lo ocupó posteriormente Juan de Arco, <sup>13</sup> igualmente junto a Juan de Cerecedo.

La reputación del maestro tampoco estaba catalogada entre las más

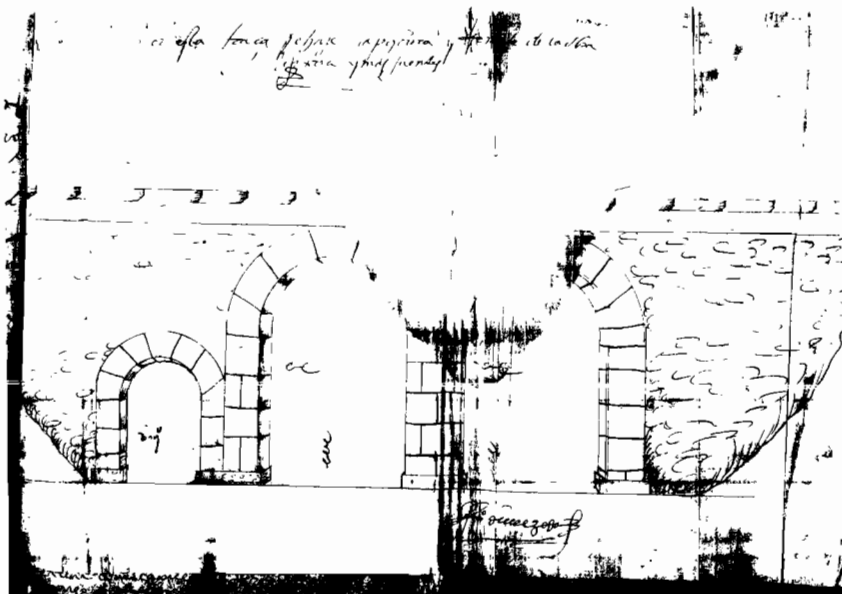


Fig. 2 Segundo proyecto del maestro Cerecedo. (Archivo Ayuntamiento de Oviedo).

altas ni para la ciudad ni para el cabildo, en ejercicio del cargo que desempeñaba de maestro de obras de la catedral,<sup>14</sup> bajo su maestría las obras avanzaron lentas, aparte de que no ofrecían perspectivas de seguridad y permanencia, circunstancia de la que se lamentaban los regidores al plantearse la necesidad de un nuevo aporte pecuniario en 1579 destinado a la construcción de unos pontones y paredones en el punto en que entroncaban los dos caudales de agua: Fitoria por un lado, Ules y Bo por el otro.

Los problemas económicos no eran extraños; como muestra, en 1574 maestro y corporación tuvieron un altercado en este sentido acusándose mutuamente: el primero se quejaba de que no se le entregaba dinero suficiente para proseguir la obra con los consiguientes perjuicios para ambas partes, él tenía comprada gran cantidad de materiales; la segunda replicaba que ésto no era cierto, que si no avanzaba era porque él había estado ausente. Los requerimientos para que concluyera los trabajos, corrientes en toda obra de cierta categoría, también se sucedían, tanto por la necesidad de servirse de la fuente como por la carga económica que representaba la demora, llegando en el verano de 1580 a solicitar de la Justicia el prendimiento de Juan de Cerecedo hasta que cumpliera con lo acordado; lo más probable es que este propósito no se cumpliera, pues había transcurrido poco más de un mes cuando ya se hablaba de él como difunto.<sup>15</sup>

Qué aspecto ofrecía la obra que dejó hecha Cerecedo es difícil de precisar, pues los pliegos de condiciones vuelcan su interés en dejar bien sentadas las características que había de tener la obra en cuanto a su solidez y parece que no fueron muy atendidas, pero poco especifican en cuanto a su estética. Por otra parte la concepción inicial se varió continuamente, aunque no conozcamos los momentos exactos en que se produjeron los cambios es obvio que así fue, pues sabemos que el remate de obra efectuado en 1572 se hizo sobre la traza de dos arcos y una sangradera, pero que a esta mínima expresión hubieron de añadirse más arcos, quizás la serie de diez del proyecto primitivo y aun aumentada, porque cuando en la etapa siguiente surgen los problemas constructivos se habla del derribo de doce arcos, y no eran la totalidad de los que estaban construidos, sino que precisamente al derrocar éstos se puso en evidencia la inconsistencia del resto con los que fue preciso adoptar la misma medida.

## **2. El acueducto de los Pilares, obra de los Bárzana**

### **2.1. Primera etapa**

Con la muerte de Juan de Cerecedo se abre una nueva etapa en la obra del acueducto de los Pilares. La necesidad de buscar un maestro para dirigirla llevó a la municipalidad a solicitar los servicios de Gonzalo de la Bárzana. Los primeros contactos, al menos esta era la intención, tuvieron lugar en 1581, prácticamente un año después de que falleciera el anterior maestro y cuando Bárzana se encontraba trabajando en León,<sup>16</sup> con toda probabilidad también en la traída de aguas.

No hay confirmación de que se llevaran a efecto estas conversaciones iniciales, si así fue el maestro debió dar largas al asunto, porque de nuevo en marzo de 1582 era preciso enviar un correo, un peón, a Mondoñedo<sup>17</sup> con la misma pretensión de que Bárzana viniera a Oviedo para ver la situación de las obras de la fuente y las medidas que era necesario tomar para proseguirlas.

La insistencia del Ayuntamiento ovetense en que Gonzalo de la Bárzana viajara a la ciudad estaba motivada por una parte por la necesidad de ampliar el abastecimiento de agua lo antes posible, ya que al llegar el final del verano era frecuente que se produjeran acentuadas sequías, y por otra par-

te porque estaba decidido a poner la realización de esta conducción de aguas en manos de un maestro reconocido y experto. Las malas experiencias vividas y los resultados le inducían a este planteamiento.

Esta opinión sin embargo no era unánime y suscitó tensiones en el seno de la corporación municipal al rematarse la obra. En efecto, con fecha de 4 de junio de 1583 Gonzalo de la Bárzana presenta condiciones de obra<sup>18</sup> después de haber estudiado sobre el terreno las necesidades y situación en que se hallaba la obra, menester en el que se ocupó durante varios días y aunque al correr el tiempo no le sirviera de mucho este examen. Se trataba de una relación de condiciones técnicas sobre las que la ciudad elaboró otras de carácter práctico y legal, es decir, relativas a las mezclas de la argamasa, naturaleza y calidad del betún, obligación de dar fianzas el maestro que la tomara, etc., así como la condición expresa de que la obra habría de hacerse siguiendo las condiciones dadas por Bárzana. A renglón seguido el maestro fontanero hizo postura para la obra, obligándose a hacerla en un plazo de seis años por la cantidad de 8.100 ducados.

Una vez fijadas unas y otras condiciones, sin levantar la sesión, el gobernador de la ciudad dio orden de pregonar la obra durante treinta días por diferentes lugares: León, Santander, etc., con objeto de que pudieran acudir al remate todos aquellos maestros fontaneros que estuvieran interesados en la obra, además de pregonarse en la propia ciudad de Oviedo. La mayor parte de los ediles ya tenían en mente el «tomar asiento» con Gonzalo de la Bárzana, es decir, ajustar con él la obra, como se había manifestado en sucesivas reuniones. No obstante una fracción de la municipalidad apoyaba a Juan de la Incera, maestro de cantería que con asiduidad se ocupaba de la reparación de las fuentes existentes en la ciudad, quien había presentado una baja de 1.000 ducados en el precio de la obra inmediatamente después de ofrecer Gonzalo de la Bárzana su propuesta, aduciendo además que tenía dos partes de cantería y solo una de fontanería, con lo cual se creía capacitado para llevar a cabo la traída de aguas, algo en lo que no estaban de acuerdo los regidores.

A lo largo del mes de julio se repitieron los pregones, fijándose el remate para el primer domingo después de la St.<sup>a</sup> Cruz de septiembre, tras enviar edictos a Bilbao, Valladolid, León y Medina de Rioseco. El deseo latente de unos de encomendar el trabajo a Gonzalo de la Bárzana y las reticencias de otros fueron retrasándolo, a pesar de que la mayoría estuviera preocupada por los perjuicios económicos y sociales que causaba la tardanza en la continuación de las obras y por la conveniencia de que las dirigiera un maestro perito en materia de fontanería. En esta tesitura el maestro, pendiente de que se cumpliera este trámite y convencido de sus posibilidades, escribía a la ciudad desde Valladolid, a mitad del mes de octubre, con la pretensión de que le informaran acerca de si el remate se iba a hacer en él o no.<sup>19</sup>

Por fin a comienzos de diciembre se reúnen los representantes de la ciudad y fijan el remate para el 12 del mismo mes, éste tuvo lugar y como era presumible se hizo en Gonzalo de la Bárzana, aceptando su propuesta económica.<sup>20</sup> La reacción de la parte en oposición no se hizo esperar y en los comienzos de 1583 elevó su queja ante la Chancillería, encabezada por el regidor D. Diego de Carreño, en ella alegaba que la subasta no se había hecho en la plaza pública como era costumbre, y por tanto considerada ilegal, y que se había rematado en «un pasaxero q. dicen ser fontanero questaba ausente», solicitando que este remate se dejara en suspenso; de esta forma de expresarse se infiere más un intento de degradación y menosprecio hacia el maestro fontanero que un desconocimiento real de su persona y trabajo.

La respuesta del gobernador a estas acusaciones fue rápida y contundente, esgrimiendo las diferentes razones que habían guiado la adjudicación en Gonzalo de la Bárzana: en él se habían rematado igualmente las conducciones de agua de León, Santiago, La Coruña, Valladolid y Medina de Rioseco, es decir, que había trabajado o trabajaba en ellas, considerando suficiente aval profesional esta trayectoria para que dirigiese la de Oviedo; basaba el rechazo a la propuesta de Juan de la Incera en la poca experiencia e impericia demostradas en los trabajos en que participaba en la ciudad y por último justificaba el remate de la obra en este maestro en el hecho de que se habían enviado cédulas a diferentes ciudades, aportando certificación notarial de algunas de ellas, y sin embargo nadie más había presentado baja, salvo Juan de la Incera, que incluso a la vez que el gobernador argumentaba estas razones él no sólo reiteraba la baja sino que la aumentaba en 400 ducados.

Esta baja no fue tomada en cuenta como no lo había sido la anterior, hecho que en cierto modo había desatado la polémica. La ciudad, con muy buen criterio, prefería pagar una cantidad más elevada, pero que llevara la obra un maestro con mejores dotes y conocimientos de fontanería.

Por supuesto la respuesta del gobernador se daba con la aprobación de «que pudiera ser presentada ante Su Majestad y ante el Real Consejo o Chancillería».

Ante esta situación y como parte implicada en el contencioso Gonzalo de la Bárzana, que sí era cierto que había estado ausente en el remate, previa comunicación de la ciudad se personó en Oviedo a finales de febrero de 1583 para hacer su propia alegación acerca de la adjudicación de la obra, coincidente en esencia con la que hizo el gobernador. El maestro aducía haber sido llamado por el Ayuntamiento para ver las obras a realizar y dar trazas y condiciones, y hecho esto y pregonada oportunamente la subasta, solamente Juan de la Incera y otros canteros se habían interesado en ello, personas a las que no se consideró competentes para una obra de tal calibre. Para verificar estas informaciones y aportar otros datos que las revalidaran Gonzalo de la Bárzana presentó varios testigos con el propósito de que sus testimonios formaran parte, junto con los pregones y remate, de la documentación a presentar en el proceso que se seguía en Valladolid.

Los testigos presentados fueron Toribio del Camino, Juan de Cerecedo Albear, mercader de paños y creemos que hijo de Juan de Cerecedo el Viejo; García de Buelga, cantero; Juan de Palacio, maestro de cantería; Domingo de Mortera, oficial de cantería y Diego Vélez, arquitecto.

El primero en testificar fue Toribio del Camino, afirmando que Gonzalo de la Bárzana era de los maestros de fuentes más reconocidos en Castilla, así como haber visto obras suyas en distintos lugares como Huesca y Tauste en el reino de Aragón, Santiago y La Coruña en Galicia, León, Medina de Rioseco y en otras muchas partes, siempre de excelente calidad; siendo ésta la misma opinión favorable que manifestaban sobre él los oficiales que le conocían.

En el mismo tono se pronunciaron Juan de Cerecedo Albear, García de Buelga, Domingo de Mortera o Juan de Palacio, este último mencionaba también la traída de aguas de la villa de Tabara dentro de su currículum. Diego Vélez aseguraba conocerle desde hacía «mas de diez y seis años» además de entender algo del arte de la fontanería, a través de los libros de este oficio, y «matemáticas de agua» y por lo que él había visto trabajar a Bárzana y los informes que había recogido acerca de él llegaba a la conclusión de que no había otro maestro como él en Asturias ni en otras zonas que pudiera tomar la construcción de la fuente con garantías de éxito.



Según se desprende de los acuerdos posteriores el conflicto se resolvió a favor de la ciudad y de Gonzalo de la Bárzana, o así preveían que iba a ser, de modo que en los últimos días de mayo y tras presentar a los fiadores: Juan de Cerecedo Albear, Toribio del Camino y Juan de Naveda, éste, tesorero de la Santa Cruzada, mediante carta de poder ya que él estaba ausente, se dio orden de libranza de 300 ducados para comenzar los trabajos;<sup>21</sup> a pesar de que los ediles no consideraran suficientes las fianzas dadas y se viera obligado el maestro a hacer una petición, en junio del mismo año, para que se le aceptaran las presentadas a la vez que se le concediera una moratoria para dar nuevas fianzas a satisfacción de la ciudad.

Así a mediados del año 1583 las obras de la fuente de Fitoria tomaron un nuevo impulso que, como veremos, a la larga resultó baldío.

Durante unos cuatro años se trabajó de continuo en la traída de aguas. Para dirigirla, y puesto que el maestro estaba muy ocupado en Valladolid, envió a Oviedo a su primo Pedro de la Bárzana y a su yerno Lucas del Cagigal, recomendando, por medio de una carta fechada en Valladolid el 7 de abril de 1584, al primero en especial como buen oficial que sabría dar cuenta de las obras. A los dos, junto a Toribio del Camino y Juan del Cagigal, les otorgó carta de poder<sup>22</sup> para que en su nombre pudieran efectuar todas las operaciones financieras necesarias para llevar adelante los trabajos, cosa que debían hacer constantemente Pedro de la Bárzana y Lucas del Cagigal, siempre en mayor medida el primero que se encargaba de la compra de materiales y pago de oficiales y en quien recaía la mayor responsabilidad de la obra como representante directo de Gonzalo de la Bárzana.

En el transcurso de estos aproximadamente cuatro años las obras parecen haber tenido un ritmo poco constante, en especial en los dos últimos al final de los cuales, en el otoño de 1587, se planteó el primer problema serio: la necesidad de derribar varios arcos con deficiencias de cimentación, que además llevaban el nivel muy bajo en relación a la hondonada que debían salvar, siendo necesario reconstruirlos, edificar sobrecos y prolongar el acueducto hacia Llamaquique, para lo que dio trazas Gonzalo de la Bárzana (fig. 3) quien estaba en Oviedo en los comienzos del invierno, seguramente a causa de los contratiempos sufridos en la marcha del edificio puesto que no era época de trabajo en obras de este tipo, sino que por el contrario éstas quedaban paradas durante el invierno a causa de la climatología y de las pocas horas de luz, marchando los oficiales a sus casas, con frecuencia en Trasmiera, desde noviembre hasta marzo.

Las visitas del maestro estaban condicionadas por su ocupación en las obras de la conducción de aguas en Valladolid, ciudad protegida por el Rey y que a riesgo del alto costo había tomado las trazas de Juan de Herrera, en parte por ser adecuadas a los intereses de la ciudad y en parte por complacer a Felipe II. A pesar de que Bustamante afirma que si bien en 1586 se nombra a Gonzalo de la Bárzana como uno de los maestros veedores, o lo que es lo mismo directores de obra, debió abandonar pronto el cargo porque en 1587 Diego de Praves dirigía esta construcción.<sup>23</sup> Ya hemos hecho referencia en varias ocasiones a su permanencia en aquella urbe y en ese mismo año, en agosto, escribía a los regidores ovetenses diciéndoles que tenía que venir a Oviedo pero que habría que esperar a que pasara el día 20 porque un personaje de la corte iba ese día a visitar las obras «para cierta invención» que había que hacer;<sup>24</sup> cabría pensar que se trataba de Juan de Herrera porque tiene visos de ser una visita profesional.

Estos problemas constructivos llevaron aparejados los económicos. El costo empezaba a salirse de lo presupuestado ya que para hacer frente a las



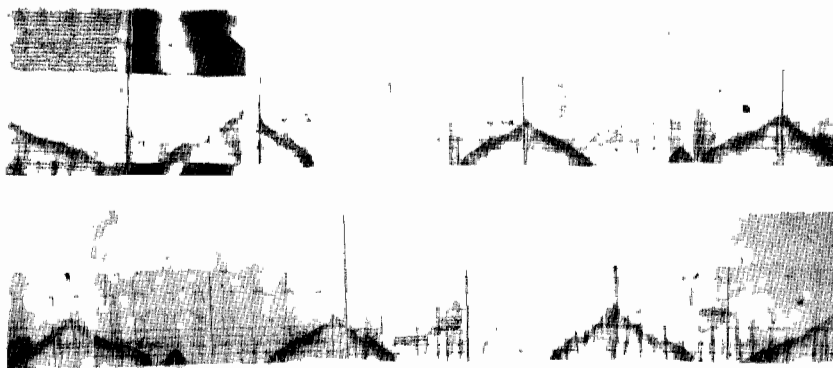


Fig 3 Arcos y sobrecarcos trazados por Gonzalo de la Barzana. (Archivo Ayuntamiento de Oviedo)

reconstrucciones y obras nuevas la ciudad se vio obligada a conceder un presupuesto adicional de 400 ducados,<sup>25</sup> cantidad muy corta para el volumen de trabajo a realizar, pero que la municipalidad consideró suficiente.

Pero este no fue más que el comienzo del problema, pues cuando se acometió el derribo de los arcos previstos se comprobó que el resto, sobre los que iban a cargar los sobrecarcos, presentaban condiciones similares. Por esta razón Pedro de la Bárzana informó al Ayuntamiento que en conciencia habría que hacer lo propio con todos los arcos, en caso contrario en un plazo de treinta años podrían venirse abajo,<sup>26</sup> solicitando el fontanero que se enviara a otros maestros para que lo comprobaran y dieran su opinión autorizada, menester para el que la ciudad requirió la presencia de Domingo de Mortera y Rodrigo de Morgota, maestro que trabajó en León durante la década de 1580 a las órdenes de Juan del Ribero e incluso en aquel mismo año lo hacía en el monasterio de S. Claudio de aquella ciudad.<sup>27</sup>

## 2.2. Segunda etapa: el edificio definitivo

El informe pericial de los dos maestros llamados por la ciudad corroboró la información dada por Pedro de la Bárzana, apuntando además que los arcos que se iban levantando tampoco llevaban la debida consistencia, su dictamen por tanto también aconsejaba el derribo total y empezar de nuevo; ellos mismos se ofrecían para hacer las trazas y condiciones presentándolas al Consistorio el 10 de mayo de 1588.

Sin embargo la ciudad, llegada a este punto en que después de llevar veinte años embarcados en las obras de Fitoria se veía partiendo de cero, contó con diferentes trazas y condiciones. A las aportadas por Mortera y Morgota hay que sumar las que había enviado Gonzalo de la Bárzana en abril de ese mismo año, que como siempre estaba trabajando en Valladolid y no le era posible venir en ese momento. La ciudad solicitó así mismo al padre Juan de Tolosa de la Compañía de Jesús que redactara un pliego de condiciones, entregado con fecha de 21 de abril del año en cuestión, en ellas junto a las propiamente técnicas de grosor de pilares, luz de los arcos, cimientos, dovelaje, estribos, materiales de ligazón, etc., proponía que en el arco que atravesaba el camino, arco principal, además de que se hiciera bien labrado se dejara una ventana para una imagen.

Esta ornamentación la repiten en sus condiciones Domingo de Mortera y Rodrigo de Morgota, especificando éstos que en el encasamento se colocara una imagen de Nuestra Señora. En cuanto a las características constructivas estipulaban un grosor para los pilares de 6,5 pies, un vano para los arcos de 23 pies y una altura de 36 para el arco central que servía de guía y nivel para el resto, cerrados a medio punto con un ancho de 5 pies. El nú-



mero de arcos se dejaba sin fijar ya que estaba en relación directa con la longitud a cubrir y su consiguiente repartimiento.<sup>28</sup>

Del mismo modo que hizo con las trazas y condiciones y por la misma razón, Gonzalo de la Bárzana envió un poder otorgado en Valladolid el 14 de abril de 1588<sup>29</sup> para que en ausencia suya los oficiales, con Pedro de la Bárzana al frente, pudieran concertarse con los regidores de la ciudad y solventar las diferencias económicas que mantenían con objeto de que la obra pudiera seguir adelante y así en el mes de mayo se llegó al acuerdo deseado.

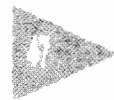
Queda un tanto confuso en la documentación qué trazas iban a seguir si las dadas por Mortera y Morgota, que no se conservan, o las presentadas por Bárzana (fig. 4), pero visto que el edificio se ajustaba perfectamente a éstas como podemos comprobar a través de los testimonios gráficos (fig. 5) y de los restos que permanecen en pie (fig. 6), queda patente que la elección recayó en las del maestro de Güemes. Las condiciones aplicadas fueron las redactadas por los dos primeros, como ellos mismos afirman al reclamar sus honorarios por este trabajo y por las visitas de inspección que habían efectuado.<sup>30</sup> Como suplemento al presupuesto se concedieron 600 ducados, cantidad a todas luces insuficiente y que sería la causa de posteriores problemas.

De modo que podríamos afirmar que la verdadera edificación del acueducto de los Pilares dio comienzo en mayo-junio de 1588 con trazas y condiciones, conjuntas en cierto modo, de Gonzalo de la Bárzana, Domingo de Mortera, presente en todas las obras asturianas de consideración hechas en su tiempo, y Rodrigo de Morgota; dirigiendo la obra el maestro fontanero Gonzalo de la Bárzana, mientras que la ejecución material corrió a cargo de Pedro de la Bárzana y Lucas del Cagigal al mando de las cuadrillas de obreros y oficiales, es decir, que en el definitivo acueducto de los Pilares, el que finalmente prestó el servicio de abastecimiento de agua a Oviedo, nada hubo imputable al trabajo del maestro Juan de Cerecedo ya que el edificio construido por él tuvo que ser demolido en su totalidad.

El exiguo presupuesto para una obra de tal magnitud, hay que tener en cuenta que la mayor parte del inicial se había consumido en la fábrica que fue preciso derrocar, y la ausencia prolongada del maestro acarrearón continuas fricciones entre los oficiales y la ciudad. El problema económico fue una constante que se manifestó ya en los comienzos de esta etapa, en los meses de junio-julio de 1588, cuando Gonzalo de la Bárzana advirtió a la municipalidad de que a causa de la falta de liquidez Pedro de la Bárzana se vería obligado a despedir a 26 hombres, según el informe que le había enviado,<sup>31</sup> sucediéndose las quejas referentes a la falta de recursos a lo largo de los años.

La culminación de la obra se fue dilatando por causas económicas y técnicas, los trabajos alcanzaban proporciones no previstas en principio, y por la ausencia del maestro, unas veces porque el trabajo le retenía en Valladolid o Medina de Rioseco o porque viajaba a Madrid, caso del verano de 1589 cuando por causas ajenas a esta obra Pedro de la Bárzana estaba encarcelado y fue requerido el maestro para que viniera a hacerse cargo de ella personalmente, en respuesta envió a su yerno desde Medina de Rioseco, donde también estaba ocupado Lucas del Cagigal;<sup>32</sup> otras veces a causa de la enfermedad de gota que padecía.

La primera noticia que nos llega de su enfermedad es a través de una carta suya de septiembre de 1589 y en cama continuaba el mes siguiente, según informaba su primo, manifestando la esperanza de poder venir para los Santos; la situación se repetía en la primavera siguiente cuando se en-



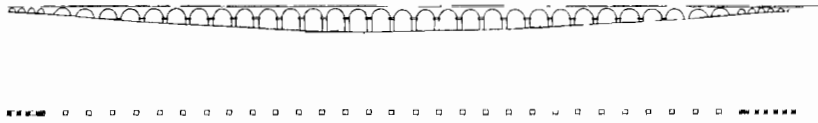


Fig 4 Proyecto definitivo de mano de Gonzalo de la Barzana (Archivo Ayuntamiento de Oviedo)

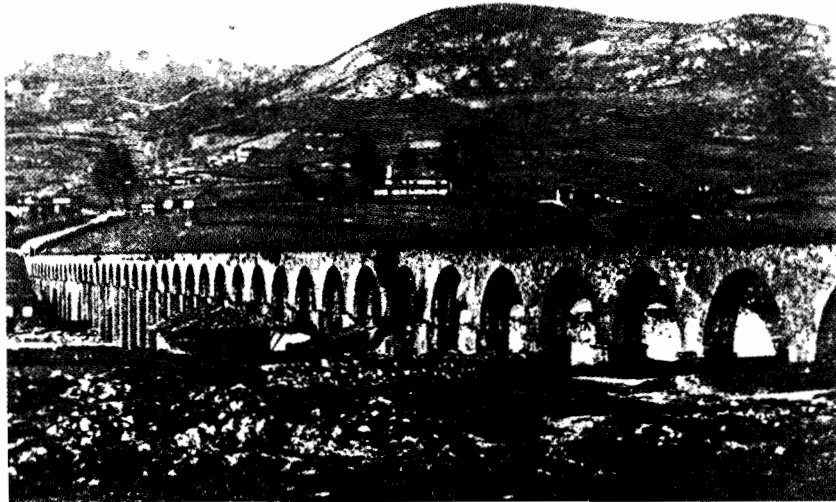


Fig 5 El acueducto a comienzos de siglo. (Archivo Ayuntamiento de Oviedo)



Fig. 6 El acueducto en la actualidad.

contraba en Güemes.<sup>33</sup> Esta enfermedad parece que se le fue agravando, seguramente fue el motivo de su muerte, con ataques cada vez más frecuentes y agudos como debió ser el que sufrió hacia octubre de 1591 por lo que se deduce de una carta remitida a la ciudad en la que afirmaba estar tullido de las piernas, mostrándose muy resentido a causa de las acusaciones vertidas sobre él de que estaba «retraydo en las yglas» cuando en realidad estaba en cama, dando palabra de terminar la obra, a poco que pudiera, aunque fuera gastando lo que él tuviera porque no había de «morir en la cárcel».<sup>34</sup>

La tardanza en la finalización del acueducto originó así mismo varios mandamientos de prisión contra el maestro, el aparejador u oficial mayor y los fiadores, unas veces consumados: Pedro de la Bárzana pasó el mes de diciembre de 1591 en prisión, algunos fiadores varios días en marzo de 1590 y Gonzalo de la Bárzana a finales de abril del mismo año, saliendo en libertad casi de inmediato con la condición de no abandonar la ciudad,<sup>35</sup> a lo que se obligaron formalmente él y su segundo Pedro de la Bárzana. En otras ocasiones los mandamientos quedaron en suspenso como los dictados contra el maestro fontanero en octubre de 1591, marzo de 1592 y octubre de 1593,<sup>36</sup> intercediendo en esta ocasión el Rey para que le permitieran terminar las obras de Simancas en las que estaba inmerso.

A pesar de todas estas vicisitudes las obras fueron avanzando. Sin embargo a partir de 1594 aún se trabajó de forma más irregular llegando a paralizarse, creemos que por espacio de aproximadamente dos años, puesto que en mayo de 1595 ya llevaban más de un año en esa situación,<sup>37</sup> tiempo durante el que Pedro de la Bárzana estuvo trabajando en la traída de aguas de Valparaíso en Avilés, y a lo largo de ese año tampoco se detectan libranzas ni cartas de pago de los responsables del edificio. La actividad volvió a reanudarse en 1596, todavía con el pleito pendiente.

La demanda había sido interpuesta a la ciudad por los Bárzana a finales de 1592 al considerarse lesos en la cantidad en la que se había ajustado la obra y negarse la corporación a conceder la demasía a la que consideraban ascendía, notificándose al Ayuntamiento en 1593;<sup>38</sup> no obstante fue realmente en 1596 cuando comenzó el pleito, en el que la ciudad no estaba interesada en absoluto puesto que la fuente ya estaba en la Puerta Nueva y los ediles querían que por fin pudiera dar servicio a los ciudadanos.

Así es que por un lado se concertó con Pedro de la Bárzana para que pusiera la fuente en la plaza Pública, una de las que formaba parte del contrato inicial, y por otro inició una serie de consultas y tasaciones que, una vez visitada la obra y vistas las trazas, llevaron a cabo Domingo de Mortera y Domingo de Argos en 1597 con objeto de establecer acuerdo definitivo con el fontanero y los herederos de su primo, el maestro Gonzalo de la Bárzana, fallecido en la primera mitad de 1597 en la ciudad de Valladolid, tal y como habíamos supuesto y ahora podemos confirmar.<sup>39</sup>

La tasación efectuada por estos maestros cifraba la obra en más de 16.000 ducados, además de otros 4 ó 5.000 que presupuestaban para ciertas mejoras que juzgaban convenientes. La ciudad por su parte admitía el daño que había representado para los Bárzana el hecho de construir todo el acueducto de nuevo, desde los cimientos, cuando el deterioro de lo que había sido levantado anteriormente era responsabilidad del antiguo maestro de la obra, Juan de Cerecedo, y éste había fallecido ya hacía años al igual que sus fiadores.

Con estas conclusiones se tramitó la licencia para hacer efectivo el pacto y en último extremo para que el caso fuera sobreseido, comprometiéndose a retribuir a Pedro de la Bárzana y los herederos de Gonzalo con 5.100

ducados sobre los 8.100 del primer remate, a los que había que sumar otros 1.200 por las mejoras. Por fin en 1599 tiene efecto el concierto con Pedro de la Bárzana y el apartamiento del pleito, resuelto oficialmente a comienzos del nuevo siglo, en enero de 1600.<sup>40</sup>

En cuanto a los pasos seguidos en la erección del edificio nos han llegado muy pocas referencias, apenas la contratación de una partida de caños de barro en 1587, la construcción de cimbrias y unos cuantos acarreos de piedra para canales y cierre de arcos entre 1590 y 1591, que se repiten en 1599, y canalones de barro en 1601;<sup>41</sup> en esta ocasión para cumplir con el memorial de condiciones que firmaron Domingo de Mortera y Domingo de Argos respecto a las mejoras que ellos consideraron necesarias para que la obra quedase perfectamente terminada en materia de arcos y encañado.

Concluida toda la obra de conducción, solo restaba para completar la red de distribución la instalación de fuentes en los puntos claves de la ciudad acordados previamente, éstos habían sido tres: plaza Pública, plazuela de la Catedral y Corrada del Obispo; no obstante, Domingo de Mortera y Domingo de Argos al tiempo de elaborar su programa de mejoras recomendaban que se redujeran a dos porque para tres el caudal iba a ser escaso, así como que se hicieran adosadas a algún edificio, dando al propio tiempo otras trazas para el caso de que decidieran hacerlas exentas, debido a que las existentes no las consideraban de suficiente ornato.

En el nuevo proyecto los alberques tenían planta ochavada y por supuesto labrados en buena piedra, los caños en bronce con cabezas de leones, completándose con los escudos labrados, cruces de los ángeles y los «letreros» que en su momento fueran ordenados.<sup>42</sup>

La tercera fuente también se llevó a cabo finalmente, aunque con algún tiempo de retraso. Pedro de la Bárzana había dado por finalizada la obra en 1602 y solicitado del Ayuntamiento que, puesto que estaba obligado al mantenimiento durante diez años, se hiciera el oportuno reconocimiento por parte de maestros representantes de ambas partes: él nombró a Domingo de Biloña por la suya y la ciudad a Domingo de Mortera. Los ediles reconsideraron su decisión, seguramente porque veían en Mortera a un consumado maestro en arquitectura pero no en fontanería y por ello pidieron consejo al rector de la Compañía en Oviedo acerca de un fontanero, al fin visitó la obra Diego de Carrandi, maestro de la saga que tanto tiempo llevaba ligada a la ciudad. Un año después, en febrero de 1604, llegó a Oviedo un fontanero enviado por el Consejo Real para inspeccionar la obra de los Pilares, es probable que como tercero independiente de las dos partes interesadas, no consta el informe que dio, pero Pedro de la Bárzana solicitó que se tuviera en cuenta para librarle la cantidad adeudada que cifraba en 900 ducados.<sup>43</sup>

La ciudad, una vez hecho este reconocimiento y las oportunas cuentas de finiquito, se negó a liquidar totalmente con el maestro, precisamente, y a modo de presión, porque faltaba la fuente de la plazuela del Obispo.

La obra corrió a cargo de su yerno, Gonzalo de Güemes, en 1606, en cumplimiento de la obligación contraída por Pedro de la Bárzana, que ya había fallecido y que la ciudad le había recordado todavía a finales de 1603,<sup>44</sup> estando el maestro en Valladolid, ocupado en las fuentes de Argales y del Sol. También se encargó Gonzalo de Güemes del mantenimiento de la fuente durante varios años, percibiendo un sustancioso salario.

El edificio se estructuraba en una secuencia continua basada en la repetición rítmica y traslatoria de un módulo único: arco-pilar, con la variante de disminuir en altura al ir adaptándose a la elevación del terreno en los



extremos y entroncando con él mediante paredones. Por encima corría el encañado por el que circulaba el agua, cubierto con losas bien asentadas que evitaban la penetración de agentes nocivos, con arquetas situadas en tramos convenidos para que se pudiera acceder a la limpieza y mantenimiento de la conducción.

Para la fábrica arquitectónica se empleó buena piedra de sillería para las esquinas de pilares, dovelas de los arcos y losas de cubierta del encañado; para el resto la mampostería o rajola trabadas con mezcla de arena y cal, 2 a 1 para el edificio y 1 a 1 para el encañado, preparada con suficiente tiempo de antelación, hasta dos meses, para que estuviera bien reposada como requería una argamasa que contribuyera a la solidez de la obra. Para la fontanería se utilizaron canales de madera de roble en el primer proyecto, para ser sustituidos posteriormente por canales de piedra y arcaduces de barro cocido, bien embetunados en las juntas para evitar que rezumaran con un betún elaborado por los oficiales a pie de obra a base de cal viva, teja molida, escoria de herrero, cernido todo con pelos y amasado con aceite y sebo.

### 3. La desaparición del acueducto

El acueducto de los Pilares, que había costado más de treinta años de trabajo y cuyo presupuesto final había ascendido a casi 16.000 ducados, cumplió con su cometido hasta 1874, fecha en que se inauguró en Oviedo una nueva traída de agua que incorporaba los últimos avances técnicos de su tiempo. A partir de ese momento su inutilidad funcional hizo peligrar su existencia, que pronto empezó a cuestionarse; la razón estaba en que su emplazamiento era muy codiciado para el ensanche de la ciudad y la expansión de la estación del ferrocarril.

Y si bien a finales de siglo hubo incluso un proyecto de convertirlo en paseo y urbanizar su entorno, en 1902 ya se planteó el derribo,<sup>45</sup> primero a través de un particular, constructor; después desde la propia corporación, propuesta contra la que se alzó D. Fermín Canella, a la sazón cronista de la ciudad, haciendo una defensa a ultranza desde distintos puntos de vista histórico-artísticos, sentimentales, etc., repitiendo sus opiniones en diferentes ocasiones respecto a este desaguisado.

Los ánimos se acallaron momentáneamente para volver sobre el asunto pocos años más tarde, en 1905; la demolición fue impedida en esta ocasión por el pronunciamiento que sobre ello manifestó el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes con el informe de la Real Academia de S. Fernando, organismo al que Canella había apelado en previsión de que se hicieran nuevos intentos.

La decisión estaba tomada, aunque no oficialmente, y la municipalidad volvía a este punto periódicamente con la seguridad de que alguna vez lo llevaría a cabo. En 1910 se aprobó la moción de derribo y aunque no pudo consumarse entonces por seguir vigente la Real Orden de 1873, a comienzos de 1915 y sin mediar aviso se iniciaron los trabajos de demolición, alcanzando entonces a los arcos que iban desde el ferrocarril hasta el Campo de S. Francisco; para autorizar posteriormente, en 1918, el de los pilares por entre los que discurrían las vías ferroviarias con ocasión de una remodelación del complejo comercial de los ferrocarriles del Norte.<sup>46</sup>

Los intereses, una idea errónea de modernidad y de urbanismo y un discutible concepto de monumento histórico-artístico entre los ediles municipales, hicieron que, pese a la oposición popular, a la declaración de la Comisión de Monumentos Histórico-Artísticos como «monumento histórico, digno de aprecio, de significación especial para el estudio de la edifi-

cación de pasados tiempos», y de que dentro del Ayuntamiento se considerara una fábrica de elegantes proporciones y sólida construcción, haber sido alabado por los eruditos de tiempos pretéritos como Quadrado o Jovellanos y contemporáneos como Canella, el acueducto de los Pilares desapareciera; quedándonos hoy cinco arcos como testimonio de la magnificencia del que podríamos considerar mejor edificio de este tipo construido en España en el siglo XVI.

## NOTAS

1. ABRILS. JUAN, G.: «Hª del agua en Oviedo», ponencia desarrollada en la Quincena del Agua. Oviedo, 1986, p. 27. Ayuntamiento de Oviedo, sin pub. Citando a RODRÍGUEZ, E.
2. A. M. O. Libro de Acuerdos, A 5, f. 219 v. y 220 r.
3. Idem. Idem. A 8, f. 687 v.
4. RIVERA BLANCO, J.: «Arquitectura de la segunda mitad del s. XVI en León». León, 1982, pp. 69 y 92.
5. PARRADO DEL OLMO, J. M.ª: «Datos para el estudio de la arquitectura del siglo XVI en Palencia», B. S. A. A., Valladolid, 1986, pp. 384 a 392.
6. A. M. O. Libro Viejo de Fitoria, f. 45 r.  
Idem. Libro de Acuerdos, A 9, f. 79 v.
7. Idem. Libro Viejo de Fitoria, f. 66 r. Traslado de la Real Provisión.  
Idem. Libro de Acuerdos, A 9, f. 120 r.
8. Idem. Idem. ff. 125 r. y 129 v.
9. Idem. Idem. f. 147 r.
10. Idem. Libro de Acuerdos, A 9, f. 167 v.
11. Idem. Libro Viejo de Fitoria, ff. 79 y ss.
12. Idem. Idem. f. 87 r.
13. Idem. Idem. ff. 417 y ss. Responsabilizándose junto al maestro de las condiciones para hacer unos pontones en 1579.
14. A. C. O. Libro de Acuerdos, L. XIV, f. 189 bis. En relación con la reparación de la torre.
15. A. M. O. Libro de Acuerdos, A 10, ff. 868 r. y 870 r.
16. Idem. Idem. A 11, f. 77 r.
17. Idem. Idem. f. 104 r.
18. Idem. Libro Viejo de Fitoria, ff. 496 y ss. Recogidas dentro de la documentación recopilada para el proceso seguido en la Chancillería de Valladolid.
19. Idem. Libro de Acuerdos, A 11, f. 152 r.
20. Idem. Libro Viejo de Fitoria, ff. 496 y ss. Documentación igualmente inserta en la destinada al pleito desarrollado en Valladolid.
21. Idem. Libro de Acuerdos, A 11, f. 200 r.
22. Idem. Libro Viejo de Fitoria, ff. 575 r. y 573 r.
23. BUSTAMANTE GARCÍA, A.: «La arquitectura clasicista del foco vallisoletano 1561-1640». Valladolid, 1983, pp. 40 a 43.
24. A. M. O. Libro Viejo de Fitoria, f. 966 r.
25. Idem. Idem. ff. 901 y ss.
26. Idem. Idem. f. 909 r.
27. RIVERA BLANCO, J.: «La arquitectura...», pp. 105, 165 y 212.
28. A. M. O. Libro Viejo de Fitoria, ff. 910 r. y 919 r.
29. Idem. Idem. f. 921 r.
30. Idem. Idem. f. 929 r.
31. Idem. Idem. f. 964 r.
32. Idem. Libro de Acuerdos, A 12, f. 598 r.  
Idem. Libro Viejo de Fitoria, f. 969 r.
33. Idem. Idem. ff. 963 r. y 973 r.
34. Idem. Idem. f. 984 r.
35. A. H. P. de Oviedo. Esn.º Pedro de Quirós, leg. 21, s. fol.  
A. M. O. Libro Viejo de Fitoria, ff. 950 r. a 953 v.
36. Idem. Libro de Acuerdos, A 12, f. 7 v.  
Idem. Libro Viejo de Fitoria, f. 978 r.  
Idem. Libro de Acuerdos, A 13, f. 190 r.
37. Idem. Idem. f. 282 r.
38. Idem. Libro Viejo de Fitoria, f. 990 r.
39. Idem. Idem. f. 1055 r. La carta de poder de su viuda de 14 de junio de 1597 confirma el dato tal y como

lo suponíamos en nuestra Memoria de Licenciatura: Arquitectura Purista en Asturias, Oviedo, 1986. Publicada en la misma ciudad en 1987.

40. A. M. O. Libro Viejo de Fitoria, ff. 995 y ss. Documentos relativos al pleito entre la ciudad y los Bárzana.
41. A. H. P. de Oviedo. Esn.º Alonso Pérez, leg. 45, s. fol.  
Idem. Esn.º Pedro de Quirós, legs. 20, 21 y 25, s. fol.  
Idem. Esn.º Pedro Alvarez Gato, leg. 156, f. 15.
42. A. M. O. Libro Viejo de Fitoria, f. 1043 r.
43. Idem. Libro de Acuerdos, A 14, ff. 966 v. y 969 r.  
Idem. Idem. A 15, f. 13 r. y 136 r.
44. Idem. Idem. f. 321 v. y 127 r.  
A. H. P. de Oviedo. Esn.º Juan Morán de la Rúa, leg. 119, f. 291. Pedro de la Bárzana parece haber fallecido en los primeros meses de 1605, según la carta de poder otorgada por Gonzalo de Güemes en Oviedo el 6 de mayo del mismo año en favor de su esposa y su suegra, para que éstas a su vez se lo pudieran otorgar a él con el fin de cobrar lo que debían a su suegro en Oviedo, Valladolid, Avilés, etc.
45. A. M. O. Expediente de derribo, leg. 77, doc. 83.
46. Idem. Idem. leg. 103, doc. 48.

